

El golpe de la bala lo mandó al suelo. Cuando sintió que el plomo caliente atravesó su carne, lo único que aquel cuerpo dejó salir por la boca, tras un hilo de baba blanca que ya se asomaba por una de las comisuras, fue la alineación de la selección italiana de fútbol del Mundial de España. Pronunció cada apellido lentamente, casi sin aire, entrecortado por una respiración que se volvía difícil y una visión que comenzaba a oscurecerse.

—Zoff... Scirea, Cabrini, Orriali, Collovati...

Tirado sobre el cemento de la acera de la Travessera de Les Corts con Vallespir, nadando en su sangre, la voz de aquel cuerpo recitaba los apellidos de la Squadra Azzurra para darse fuerzas y mantenerse con vida o para despedirse de ella recordando ese 5 de julio de 1982, cuando Italia ganó a Brasil por 3-2, en el demolido estadio de Sarrià, sobre la avenida del mismo nombre.

—Gentile, Tardelli, Antognoni, Conti... Rossi y Graziani.

Aún era temprano y una bandada de pájaros rompió el silencio de la mañana con sus graznididos desde el cielo. Huían de un halcón peregrino que planeaba queriendo llevar algo de alimento a sus crías. El hombre se vio como una más de las cotorras que trataban de salvar sus vidas, pero no podía volar como ellas y la herida que le había causado su cazador lo hizo doblarse de dolor en el suelo. Allí, sentado, solo se limitaba a girar la cabeza en círculos, como si quisiera dormir la siesta en un día de verano. Sus manos intentaron tapar la herida pero el cansancio le ganó al equilibrio y se dejó caer de espaldas. Su mirada quedó fija en el infinito. El azul del cielo le recordó la camiseta azzurri y sonrió. Quizás así debía

terminar sus días en este mundo, viendo el color que le devolvió la esperanza tras abandonar su etapa como futbolista de campos sin hierba. Pensó que si nada es casual en la vida, en la muerte mucho menos.

—Por lo que dice parece italiano —dijo uno de los paramédicos que lo atendían mientras le tomaba el pulso y trataba de animarlo para que no perdiera el sentido.

El otro no habló, solo emitió un carraspeo, más para limpiar su garganta que para responder. Su preocupación inmediata era tratar de detener la hemorragia, para eso presionaba el orificio en el muslo izquierdo, haciendo fuerza con las dos manos. Pero el cuerpo al que prestaba atención ya había perdido el suficiente líquido como para empezar a dar señas de un desmayo inminente. En un parpadeo más, el herido vio la cruz roja que llevaba uno de los enfermeros y una idea vaga le pasó por la cabeza. Se preguntó qué dios estaría de turno. ¿El de los católicos que juzga a punta de dedo y transforma la culpa en fe? ¿El gordo bonachón que veía siempre a la entrada de algún restaurante japonés en el Raval? ¿El Alá de los árabes? ¿El general Yahvé de los judíos que todo lo ataca y todo lo mata? ¿El Vacío de los ateos? ¿El Maradona de los argentinos hinchas del fútbol? ¿Cuál de todos estos lo recibiría en ese ningún lado adonde partiría para comenzar el viaje de la muerte? Fue entonces cuando los ojos de la víctima se pusieron vidriosos. Las manos frías señalaban algo, quizás muy distante. ¿Un recuerdo? ¿Un asidero? Después de decir "Graziani", boqueó un chorro de sangre que fue detenido por la chaqueta naranja de quien lo atendía. Trató de seguir con la suplencia: Causio, Altobelli, Marini, pero no alcanzó a llegar a Bergomi. Ahí entró en un estado de paz y pareció dormirse. Después de haberle amarrado un torniquete en la ingle, puesto gasa y vendas como si fuera una momia para detener la salida de la sangre, entre los dos sanitarios levantaron el cuerpo delgado, que no era otra cosa sino pellejo más huesos, y lo dejaron caer delicadamente en la camilla, que chirrió al recibirlo. Uno de los dos la empujó dentro de la ambulancia y se acomodó a su lado para verificar los signos vitales, que cada vez eran menos constantes. El otro se sentó al volante y

le dio marcha al motor. El ulular de la sirena se abrió paso por las calles de Barcelona a toda velocidad. “Ha entrado en coma”, oyó decir con aire de eco al paramédico. Lo supo o medio se enteró, porque veía todo en cámara lenta, como la repetición de un gol de Paolo Rossi, se dijo para sí mismo, si esto es la muerte, quiero morir siempre.

La ambulancia tomó recto por Les Corts, en dirección a L’Hospitalet de Llobregat, luego dio vuelta a la izquierda para tomar Joan Guëll hasta Berlín, atravesó Entença y se enfiló por París, para finalmente doblar en Villarroel y llegar al hospital, donde el equipo médico de guardia los esperaba. Durante todo el trayecto, el paramédico asistente le sostuvo la pierna elevada y le aflojó el torniquete dos veces, aunque el procedimiento decía que lo debía hacer cada diez minutos. Al cabo de un poco más de la mitad de ese tiempo, la ambulancia ya se había detenido en la puerta de Urgencias del Hospital Clínic. Al intentar bajarlo la primera vez, el torniquete se deshizo y la gasa encima de la herida rodó por el piso. El orificio, en forma de fuente, dejó salir un chorro de sangre constante de color rojo casi negro que manchó a los paramédicos dentro de la ambulancia. Para detener de nuevo la hemorragia, los asistentes tuvieron que poner más gasa y apretar el boquete en forma de estrella contra el hueso, mientras lo pasaban de la camilla ambulante a la de urgencias del hospital. Las dos chirriaron y el paciente creyó oír de nuevo a los pájaros huyendo del halcón.

—Varón, de entre treinta y cuarenta años, herida de bala en el muslo izquierdo, con orificio de entrada y de salida, que perforó la arteria femoral, estado de coma en primer grado.

Ese fue el informe que recibió de los sanitarios el médico de turno en urgencias, justo al tiempo que las dos enfermeras y el practicante le conectaron a dos tubos que le suministraban oxígeno y suero al cuerpo. Allí en el box 11, le hicieron una transfusión masiva. A pesar de mostrar un color tan pálido como una tabla de madera y una baja de temperatura, el médico consideró que el herido ya se encontraba estable para pasarlo a cirugía. La operación fue rápida y efectiva al igual que un contraataque italiano. “Letal” diría un narrador de un partido

de fútbol, del tipo Nando Martellini, sin caer en cuenta en lo mortífero de su analogía. El cirujano abrió con el bisturí el muslo y la ingle. Reparó cuidadosamente la arteria sangrante. El practicante se veía nervioso, era su primer paciente de ese día y tuvo que cerrar, suturar y limpiar lo que había abierto su superior. Sus manos temblaban, las enfermeras se cruzaban miradas de duda. Ellas se encargaron de vendarle la pierna desde arriba de la rodilla hasta la ingle y lo tuvieron en observación unas horas para que esta recuperara la circulación.

Luego fue el mismo doctor que lo había recibido el que firmó el reporte para destinarlo a la Unidad de Cuidados Intensivos. No sin antes preguntar a las enfermeras si ya había sido avisado o contactado algún familiar. Pero ni los Mossos d'Esquadra ni los sanitarios del SEM encontraron tal. Sus ropas, un vaquero raído por el uso diario, una camiseta del Europa de la temporada 2000-2001 y los zapatos deportivos Joma, que únicamente se sostenían por la marca, fueron a dar a una caja de cartón con su nombre. El mismo destino corrió un móvil discontinuado. En la cartera de cuero viejo que llevaba en uno de sus bolsillos solo había un billete de diez euros, una fotografía de Jeremy Irons recortada de un periódico, una ficha de afiliación al Club Atlético Argentinos de Catalunya (CAAC) con una foto en la que se veía más viejo, como si fuera una de esas imágenes que se trabajan en un ordenador y muestran cómo será la cara en un futuro. Era un rostro huesudo, cubierto por un flequillo entre negro y gris sobre la frente, que respondía al nombre José Wenceslao Novac Irigoyen. Cuando los encargados sacaron el carné, este cayó al suelo. Era un papel viejo, de tono azulado y que tenía señas de haber sido mojado y luego secado. Llevaba anotado un número telefónico y junto estaba escrito: urgente yamar a wolframio caballero. Los administrativos del hospital no perdieron el tiempo y así lo hicieron.

“Da Da Da... Son tutti figli di Bearzot.”

Canción del trío italiano Masters

5 de julio de 1982

Hora: 17:13

El viejo Bearzot

Por: Wolframio Caballero Pinilla

El viejo se quitó la chaqueta de rayas finas, blancas y azules, con el escudo de Italia en el pecho y la llevó colgada de su brazo. Salió del vestuario y se dejó guiar por el funcionario de la FIFA hasta subir las escaleras de cemento que lo llevaron a pisar el césped de Sarrià. Del bolsillo de la camisa sacó sus anteojos contra el sol. Era verano y los iba a necesitar durante los noventa minutos del partido. Todo el estadio le devolvía brillos incómodos que de no tener las gafas le impedirían ver el desenvolvimiento del juego en el campo. El que más lo encandilaba venía de la tribuna donde había una nutrida afición verdeamarela. Era un bombo metálico que deslumbraba tanto como el ruido que hacía cuando los brasileros tenían la pelota y había peligro de gol. Quedaba justo debajo de una gigantesca bandera verde con letras amarillas en la que se leía Foz do Iguaçu.

El viejo se metió en esa especie de urna blanca que era el entonces banco de suplentes. Un hueco que dejaba a ras de la hierba el rostro del entrenador, sus asistentes y la suplencia. Antes de sentarse en el cemento, se secó el sudor de las entradas en la cabeza y la frente. Se sonó los mocos. Causio y Bordón se miraron cómplices, Il Vecio, como le decían todos

en Italia, era así. Sin problemas, auténtico. Con esa misma naturalidad que tenía para sonarse los mocos en su pañuelo, cuando lo urgiese su nariz, había tomado la decisión de no llevar a España a Roberto Pruzzo, el goleador de la Liga en Italia de la temporada 1981-1982, ni a Evaristo Beccalossi, la estrella en ascenso del F. C. Internazionale. De este dicen que le hizo un túnel en un partido, Inter 4 – Juventus 0, al legendario Giuseppe Furino y que por eso los jugadores de la Vecchia Signora, que eran la base de esa Nazionale, habían pedido en bloque a Bearzot no convocarlo por “semejante irrespeto”.

En cambio, sí llamó a Paolo Rossi. Un flaco delantero, con tres operaciones en sus rodillas, que tenía cara de actor dramático en alguna película de Vittorio de Sica o Luchino Visconti en la época dorada de Cinecittà y que, para más inri, solo había jugado los tres últimos partidos en el campeonato italiano, anotando un único gol. Un tanto que se lo birló a Marco Tardelli, compañero en la selección y en la Juventus, en un partido frente al Udinese. La bola venía por los aires, a centro de Bettiga, y el volante estaba presto para cabecearla, pero desde atrás, Rossi saltó, ganó altura y golpeó con la frente la pelota que terminó dentro del arco. Era su primer gol después de estar dos años suspendido por la Federación Italiana de Calcio. En realidad eran tres, pero ante la lesión de ligamento de rodilla de Roberto Bettiga y la premura del Mundial de España, los funcionarios de castigo de la federación rebajaron la pena de tres a dos años. Si hubieran sido estrictos, Rossi no hubiese pisado los campos de Vigo, Barcelona y Madrid. Y la historia sería otra.

Todo porque después de un juego Avellino 2 – Perugia 2, una tarde de 1980 en la que el delantero anotó los dos tantos de su equipo, fue sacado por los carabinieri. Junto a él, implicados en un caso de apuestas ilegales, también fueron suspendidos: Albertosi, Manfredonia, Giordano, Morini, Savoldi, Damiani y Wilson. Dos históricos clubes, Milán y Lazio, fueron descendidos a Segunda División.

Veinte años después del Mundial, Rossi escribiría en su autobiografía *Ho fatto piangere il Brasile* (Yo hice llorar a Brasil) una declaración de uno de sus acusadores diciendo

que aquello fue una invención para inculparlo. Pero el caso nunca quedó claro.

Y es que en Italia, hablar de fútbol es hablar de apuestas y hablar de apuestas es hablar de mafia. Tal vez, cuando el delantero centro caminaba solo en el centro del campo y miraba el césped de Sarrià, no pensaba en eso. Quizás en su cabeza estaba la idea de anotar y acabar de una vez por todas con las críticas que rodearon la clasificación del equipo a punta de empates contra Polonia (0-0), Perú (1-1) y Camerún (1-1), en la primera fase del Campeonato Mundial de Fútbol de 1982.

Tan duros fueron los comentarios en los periódicos que Il Vecio, pipa en mano y humareda saliendo de su boca, firmó con sus jugadores un pacto que luego se conocería como el *silenzio stampa*. Ninguna entrevista, nada de hablar con la prensa y menos leer los diarios. Solo hablaba el capitán, Dino Zoff. La idea estaba en concentrarse para los dos partidos de Sarrià.

El primero, el 29 de junio —seis días antes del duelo versus Brasil— contra la Argentina de Maradona, Kempes y Pasarella, había sido superado por marcador de 2-1, con goles de Tardelli y Cabrini, y por los gauchos, de Pasarella. Se había superado al actual campeón del mundo. El turno siguiente era contra el mejor equipo de ese Mundial, el Brasil dirigido por Telé Santana, que contaba entre sus filas con jugadores como Leandro, Junior, Cerezo, Falcão, Sócrates, Zico y Eder. Una generación dorada, ahíta de volantes de creación.

En el banquillo, cejas levantadas, boca semiabierta, el viejo Bearzot pidió mucha tranquilidad. A su lado estaban un joven Bergomi, con las piernas en la pared, Bordón, que hablaba con Marini, y Altobelli, que se había sentado sobre su chándal deportivo para hacer menos duro el cemento de la banca. Il Vecio miraba como un ajedrecista que dispone sus fichas sobre el tablero para iniciar la partida. Pliegues de gestos marcados en su piel, surcos y sombras en las mejillas. Labios que se cierran y se abren con ganas de agua. Concentración total. Era el drama hecho rostro. El fútbol hecho drama. En su

cara se reflejaba toda la tensión. La misma que le hizo romper comunicación con la prensa de su país. Estaba harto de tanto italiano con ganas de escribir y decir cualquier cosa sobre la Nazionale. “Ningún jugador podrá hablar con la prensa”, dijo, y se cumplió.

Así llegaba Italia a jugar contra Brasil, el favorito de todos, en Sarrià, esa tarde de julio cuando el mercurio del termómetro marcaba 38 grados a la sombra, 40 bajo el sol. A Brasil el empate le bastaba. Italia tenía que ser más de lo que había sido siempre y ganar.

Cuatro años atrás, en Argentina 1978, se habían enfrentado para definir el tercer y cuarto lugar. El Vecio estaba en el mismo puesto, con chaqueta oscura y saco cuello de tortuga, pero su colega contrario era otro, distinto al que se enfrentaba en Barcelona esa tarde. Claudio Coutinho —quizás se podría definir como la prehistoria de Dunga— era un exmilitar adicto al test de Cooper, que predicaba el juego de choque de cuerpos como base del fútbol. Fue preparador físico de la selección en 1970 y luego pionero de la europeización del fútbol brasileño. “Un mal que murió ahogado frente a Copacabana”, me dijo un taxista cuando estuve en Río de Janeiro en el 2006, para ver la final del Brasileirao entre el C. R. Vasco da Gama y el C. R. Flamengo en el Maracanã.

El entonces capitán de artillería tenía un buen equipo: Leão, Luis Pereira, Nelinho, Cerezo, Zico, Reinaldo, Rivelino, Roberto Dinamita y Dirceu, entre otros, eran la base. Este grupo no perdió ningún partido. De la final lo sacó el 6-0 de Argentina contra Perú. Con Videla, el dictador, de por medio. Otra vez la mafia metida en el fútbol. ¿O será que siempre ha estado? En fin, que en el juego por el tercer puesto de 1978, disputado en el estadio Monumental de Buenos Aires, Causio, que también estaba en la banca junto al viejo en Sarrià, anotó el gol de Italia; pero luego dos disparos de larga distancia de Nelinho y Dirceu superaron las estiradas de Zoff. Quizás fueron los mejores goles que se hayan visto en ese torneo. Sobre todo el de Nelinho, que desde la izquierda sacó un derechazo, con tres dedos, que le dio un efecto de curva al balón para meterlo por el ángulo superior derecho del portero italiano.



Una parábola que ningún matemático podría explicar jamás por más pizarra y ordenador que tuviera.

Contrario al fallecido Coutinho y más cercano a su rival de Sarrià, Telé Santana, Enzo Bearzot era un técnico que disfrutaba con el balompié lúdico. "Para mí el fútbol se juega con dos extremos, un delantero centro y un distribuidor. Esa era mi forma de concebirlo. Elegía a mis jugadores y, a continuación, les dejaba jugar sin imponerles esquemas tácticos. No se le puede decir a Maradona: 'Juega como yo te digo'. Hay que dejarle jugar como él sienta. Con eso basta", predicaba cada vez que podía.

Por eso el partido del 5 julio en Sarrià no era lo que muchos pensaban. Un enfrentamiento entre una selección de mucha técnica y juego artístico contra otra apertrechada en la preparación física y en la leyenda del catenaccio. Aquel sistema que, de una clásica disposición de los once jugadores, dividido por bloques, en un 1-3-2-5, establecido en 1932 por el austriaco Kart Rappan, dirigiendo al Servette F. C., retrasó los dos mediocampistas y pasó a formar un 1-5-3-2 o un 1-5-4-1. Ese mismo sistema ultradefensivo, en el que el contraataque era ley de vida y que la Italia de Victorio Pozzo adaptó para salir campeona del mundo en 1934 y 1938 pero que luego fue perfeccionado por el Torino F. C. de Nereo Rocco.

Sin embargo, el partido de esa tarde en Sarrià era distinto a lo que preveían los críticos. Ese era un juego parejo, con dos directores técnicos, Santana y Bearzot, que saldrían a ganar. Eso se supo tan pronto como el árbitro israelí Abraham Klein se dispuso a pitar el inicio del partido.

CUADERNO DE NOTAS: He terminado la primera crónica que quiere Dimitar para el folletín turístico. La he escrito a punta de ver el DVD, investigar en libros, leer notas en periódicos y de repasar vídeos en YouTube. Me ha tomado mucho trabajo, pero me divierte y ocupa mi tiempo mientras llega la noche para ir al Sofía. Además con el dinero que me adelantó no tengo porque preocuparme por buscar trabajo. Las columnas del periódico se han vuelto una mierda, un verdadero coñazo. Las sigo corrigiendo porque desconfío de lo que pueda pasar con el argentino y el búlgaro. Además eso de ser otras personas me gusta. Hace dos días terminé de leer el libro que Dimitar me dio sobre Enzo Bearzot. No sé italiano, pero creo haber entendido algo. El fútbol en cualquier idioma es el mismo. ¿Será que el búlgaro sentía lo mismo cuando empezaba a balbucear castellano con las canciones de Julio Iglesias? Es de noche y unos tacones suenan a los lejos, bajando por la calle França. Wolframio.